

Marcial Fernández- Ficticia editorial

LOS CAMINOS DE FICTICIA

Me gustan las efemérides, sobre todo las de las personas que inician una tradición. La efeméride da pie a reconocer el pasado, estudiar su presente y, en el caso de la literatura, mantener una apuesta no sólo de perpetuidad, sino de vanguardia hacia el futuro. Por eso me es grato empezar esta ponencia recordando a Edmundo Valadés que, en este febrero de 2015, sí, dentro de 22 días, cumpliría cien años de edad.

¿Que quién fue Edmundo Valadés?

Un señor que le gustaba vivir del cuento, de los que él escribía y de los que escribían otros, literariamente hablando, que no es lo mismo que literal, pues la primera acepción presupone a una persona que vive por y para la creación de dicho género literario, mientras que la segunda acepción, literal, tiene algo de pornográfico, de verdad descarnada, de compra y venta, de tasa de valores, cuando, se sabe, la literatura en particular y el arte en general no pueden medir su valía por libros u obras vendidas —salvémonos, y lo digo en serio, de tal vulgaridad—, sino en su trascendencia en las generaciones venideras, hecho que incluso es menos tasable que en pesos y centavos.

Pero no me voy a detener en estos detalles, por lo que la pregunta, ¿quién diablos fue Edmundo Valadés?, sigue en pie.

En lo personal no lo conocí, por lo que no puedo decir si era una buena o mala persona, guapo o feo, alegre o de humor melancólico, cosa que, aparte de su círculo cercano, creo que a nadie le importa. Lo que sí puedo señalar es que era un hombre inteligente, cultivado, imaginativo, creativo, con iniciativa y que sabía que en la ficción breve —esa que suelen despreciar los emporios editoriales— se hallaba su presente y el futuro de la literatura, pues se trata de un placer incomparable que provoca lo que en sí

es una epifanía, el cuento, ya de unas cuantas líneas, ya de algunas páginas que no deben superar los doce minutos de lectura, tiempo que una persona normal mantiene la concentración en un mismo objeto, pensamiento o una sucesión de hechos —aunque esto último nunca lo dijo ni lo escribió don Edmundo y va en contra y, por mucho, de lo que pensaba Edgar Allan Poe al respecto.

Les cuento: el pequeño Edmundo nació en 1915 en Guaymas, Sonora, al norte de México, en plena Revolución, época que lo marcaría tanto como cuentista —su primer libro, *La muerte tiene permiso*, 1955, FCE, es un referente conceptual de dicha guerra— que como estudioso del tema —su segundo libro, publicado en 1960, lleva por título *La Revolución y las letras*— y antólogo de cuentos revolucionarios.

Esto, sin embargo, poco importa para los fines de esta ponencia, aunque tales fechas nos lleven a las efemérides de 60 años de... y 55 años de... etcétera, pues al puerto al que quiero llegar es a 1939, cuando Edmundo Valadés y su amigo Horacio Quiñones, entonces jóvenes periodistas, publicaron el primer número de la revista *El Cuento*, que llevaba como subtítulo, *Los Grandes Cuentistas Contemporáneos*, en la que prometían dar a conocer, de manera mensual, la obra cuentística más notable de aquella época (finales de los treinta), sobre todo la que se escribía fuera de México.

Pero también en 1939 inició la Segunda Guerra Mundial y, con tal conflicto, el papel con el que se imprimía la revista, al ser de exportación, se volvió escaso e incosteable para dos muchachos de veintitantos años que, pese a su voluntad y mecenas, sólo lograron publicar cinco números.

Ahora bien, tuvo que pasar un cuarto de siglo, y que don Edmundo se ganara la vida como periodista, para que en 1964 resucitara el proyecto bajo el mismo nombre, *El Cuento*, aunque diferente apellido, *Revista de Imaginación*, con secciones nuevas que nombró Caja de Sorpresas, cuyos contenidos eran fragmentos que sacaba de entre sus lecturas, y si bien pertenecían a un contexto más amplio, era posible resignificarlos y

leerlos como piezas individuales, las pepitas de oro que el gambusino descubre en el caudal del río.

Al tiempo, uno se puede dar cuenta que eso que hacía Edmundo Valadés en su publicación “cristiana” “—ya que aparecía cada vez que Dios quería—” (chiste local) y que se terminó de formalizar en *El libro de la imaginación* (1976, FCE y que lleva cualquier cantidad de reimpressiones) se parece mucho a lo que ahora hacen los artistas contemporáneos en el sentido de descontextualizar un objeto y resignificarlo en otro espacio, en obras a veces efímeras, a veces no, que llaman instalaciones, intervenciones, etcétera, detalle que sólo digo de paso porque, pese a que soy reaccionario ante ese tipo de “arte” (yo con el arte clásico me doy por bien servido), me permite expresarme de Valadés como adelantado a su época y el mayor promotor que ha existido del más nuevo de los géneros literarios, el que él mismo llamó minificción.

En efecto, aquellas minificciones valdesianas que hoy se conocen como cuentos jíbaros, bonsái, mínimos, ultracortos, fictimínimos, microcuentos, microrrelatos y que se suelen confundir con otro tipo de literatura fragmentaria como la sentencia, el aforismo, la greguería, etcétera, fueron la semilla para que, a partir de 1969, la revista abriera el Concurso del Cuento Brevísimos, en el que podían participar escritores aficionados o profesionales con un texto que no excediera una cuartilla —tres cuartos de una cuartilla, recomendaba Valadés en diversas entrevistas— a doble espacio y 65 golpes de máquina de escribir.

Tal certamen, con el tiempo, se convirtió en un taller abierto entre quienes buscaban publicar sus minificciones y el consejo de redacción de la revista, conformado en sus distintas épocas por Andrés Zaplana, Juan Rulfo, Juan Antonio Ascencio, Agustín Monsreal, José de la Colina y Eraclio Zepeda.

Las décadas de los setenta y los ochenta fueron de plena consolidación para *El Cuento* que, si bien se editaba y publicaba en México, pronto cobró fama en Hispanoamérica, convirtiéndose en un referente de la cuentística contemporánea de esos

años, tanto para conocer a escritores de otros idiomas —que eran traducidos al español por los colaboradores de Valadés— como de autores hispanoamericanos.

A la par que la revista ganaba adeptos, la Caja de Sorpresas y el Concurso de Cuento Brevísimos legitimaron a la minificción como un género aparte del cuento, ni más ni menos importante, sino distinto, con sus propias reglas, alcances y límites, una apuesta que, como señalara Valadés, “no puede ser poema, anécdota, estampa, viñeta, ocurrencia o chiste”, y no lo puede ser porque si bien detona una epifanía con una historia o una imagen mediante un final inesperado lleno de ingenio, humor o malicia, en la que el lector se siente sorprendido.

En 1994 falleció don Edmundo Valadés, pero *El Cuento* se siguió publicando hasta 1999, cuando apareció su último número, el 142, mismo año que nació Ficticia como un portal en Internet que, con las herramientas que daban las nuevas tecnologías, quiso mantener la tradición y el canon iniciado por el maestro seis décadas atrás, primero como un juego de amigos que implicaba la participación tanto de ingenieros en informática y diseñadores como de artistas plásticos y escritores, abriendo espacios tanto para cuentistas aficionados como profesionales, talleres, espacios de reflexión y difusión de la literatura breve, contemporánea y escrita en español.

Así, en la editorial primera del portal, decíamos que “Ficticia, según diccionarios y enciclopedias, es un ave que, en ciertas regiones de México, emite un canto parecido a la eternidad. Son muchos los aventureros y naturalistas, desde Quetzalcóatl hasta Alexander von Humboldt, que han intentado atraparla, pues la leyenda señala que de lograr enjaular su música, el captor logra su propia inmortalidad.

“Casi extinta a principios del siglo XX por un fenómeno no del todo explicado, todavía en regiones apartadas, en la selva lacandona, en la sierra tarahumara o en la zona del silencio, hay indígenas que dicen haber soñado con tan melodiosa voz, y al despertar son capaces de contar las más extrañas y fabulosas historias.

“Son muchos los anecdotistas que le dan a la *rara avis* la cualidad de dios, pues entre los mexicas, invocar su plumaje, cegador de tan espléndido, era punto de partida para la conversación alrededor del fuego. Por lo que su imagen fue tanto o más importante que las deidades de la agricultura, de la fertilidad o de la guerra, ya que, suponían, era igualmente valioso comer, reproducirse o ir a la batalla, como el tener de qué hablar.

“De esta manera, en Ficticia se puede descubrir la primera alianza entre los antiguos y sus cuentos, reales o imaginarios, sus relatos, sus narraciones, sus informes, sus explicaciones, sus embustes...

“Por ello, por seguir siendo lo que fuimos, por ser desde siempre lo que somos, le damos a esta nueva ciudad (www.ficticia.com) tal nombre, porque sin importarnos que los mitos sean verdaderos, son verdaderos en tanto los recordamos, en tanto, cual sinfonía de esta ave, evocan un trozo de eternidad.

“Ficticia no busca otro afán que volver al primigenio gusto de la literatura: contar historias interesantes por el simple placer de contarlas, como los vitivinicultores que gustan tener a su mesa a una horda de mágicos y sedientos bebedores.

“De tal suerte, nuestra Ficticia, etérea y mágica, se encuentra en cada palabra que aquí se edita; toca a los internautas oír su canto y, “ahora que vamos despacio”, como dijera aquel viejo estribillo de la infancia, “vamos a contar...”.

En pocos meses, quienes fundamos www.ficticia.com como una “ciudad de cuentos e historias” que, además, “le prohibía la entrada a los poetas” (esto fue un ardid que le dio al portal bastante publicidad gratuita en su momento, sobre todo en la prensa escrita de México), nos vimos rebasados por la cantidad de usuarios —de casi todos los países— que se volvían adictos a nuestra propuesta, de manera que, para dar un servicio adecuado, tuvimos que rentar en Estados Unidos un servidor propio y, en menos de un año, el tamaño de la ciudad virtual creció más de quince veces su tamaño. Esto, aunado a que una compañía vitivinícola española a la que yo, en otra vida (en la que me

dedicaba a la crónica taurina), y con otro nombre (el de Pepe Malasombra), les hacía libros de arte (sobre tauromaquia, por supuesto) para regalar a sus clientes en épocas navideñas, y a los que les ofrecí hacer una colección de libros de cuentos con una de sus marcas, es cómo nació Ficticia Editorial, cual sello en soporte de papel, especializado en cuentística contemporánea escrita en español, de Hispanoamérica en general y, mexicana, en lo particular, empresa que está celebrando quince años ininterrumpidos de existencia.

Tal colección que llevaba por nombre Biblioteca de Cuento “Anís del Mono” abrió con el título *Ciudadanos de Ficticia, autores de México, Argentina, Colombia y España* y, luego de veintidós libros, cerró con uno mío de microrrelatos, proyecto que se continuó en la colección Biblioteca de Cuento Contemporáneo que, a la fecha, cuenta con cincuenta títulos y contando, en la que hemos combinado la publicación de escritores consagrados como, por ejemplo, José de la Colina y Agustín Monsreal — ambos del comité editorial de la revista *El Cuento*—, con autores con una importante trayectoria literaria y cuentistas que encuentran en nuestro sello la posibilidad de publicar sus obras primeras.

Así, durante una década mantuvimos de manera paralela, pero juntándose en el infinito, a www.ficticia.com y a Ficticia Editorial y, el año pasado, con la publicación del libro *Minificciónista de El Cuento. Revista de imaginación*, con la que quisimos conmemorar los 75 años de la primera época de la revista *El Cuento*, cincuenta del primer ejemplar de su segunda época, veinte del fallecimiento de Edmundo Valadés y quince del último ejemplar de aquel proyecto, con la edición de cuentos inéditos y “brevísimos” de 103 escritores de doce países de Hispanoamérica que, en su momento, publicaron brevedades en *El Cuento*, también decidimos darle un vuelta de timón a Ficticia, cambio en el que estamos trabajando: www.ficticia.com se convertirá en un museo virtual, mientras que Ficticia Editorial se convertirá en la práctica en una librería

virtual que venda nuestro catálogo tanto en soporte de papel (de alrededor de doscientos libros y contando) como de nuestra colección de e-books (de más de cincuenta).

También, con el paso del tiempo, queremos reducir la cantidad de libros que publicamos, ya sea en papel, ya sea de manera digital, privilegiando la calidad sobre la cantidad, pues no queremos crecer como empresa sino volvernos más exquisitos con la misma creencia que tenemos sobre el microrrelato que, mientras en apariencia diga menos, en realidad dice más. Nuestro ideal, por último, es publicar cuatro libros al año (en la actualidad publicamos uno al mes y no sólo de cuento o géneros afines) y continuar defendiendo nuestra independencia literaria con respecto a las modas o leyes del mercado, hecho que nos ha redituado estar, por ejemplo, presentes en este III Encuentro de Talento Editorial.

Muchas gracias.